


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Álvarez, Eliseo y Suriano, Juan: 505 días que la Argentina olvidó. De la rendición de Malvinas al triunfo de Alfonsín, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Rodrigo González Tizón

IDAES/Universidad Nacional de San Martín

rgtizon@gmail.com

I

5 05 días separaron la derrota de Malvinas, sellada con la rendición de las tropas argentinas el 14 de junio de 1982, del triunfo electoral de Alfonsín en las elecciones presidenciales del 30 de octubre de 1983. En ese casi año y medio, el país fue testigo de la descomposición del régimen militar que desde 1976 había utilizado los resortes estatales para el ejercicio sistemático de la violencia sobre una sociedad con altos niveles de movilización. El fracaso estrepitoso de Malvinas, una empresa que representaba el intento desesperado de salvación de un régimen en decadencia, aceleró un proceso que se venía gestando desde años atrás como producto del desbarajuste económico y las violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, el camino hacia la democracia no fue lineal y homogéneo, sino que las tensiones entre los diversos actores, tanto civiles como militares, estuvieron a la orden del día. Este proceso complejo, cargado de avances y retrocesos, es el que se proponen reconstruir Juan Suriano y Eliseo Ál-

varez en su libro *505 días que la Argentina olvidó. La primera transición a la democracia. De la rendición de Malvinas al triunfo de Alfonsín*.

Publicada por la editorial Sudamericana, y con un universo de lectores potenciales que excede el de los especialistas en Historia, la obra rastrea sus orígenes en una serie documental producida en 2008 por los autores para el canal de televisión *Todo Noticias*. Recorriendo el camino inverso al tradicional, que suele ir del soporte escrito al audiovisual, Álvarez y Suriano —periodista e historiador, respectivamente— apostaron un lustro después a volcar en los moldes de un libro de historia reciente el contenido de aquel documental televisivo. Producto de esta metamorfosis de formatos y registros, no exenta por cierto de complicaciones, vio la luz *505 días*.

El período histórico seleccionado resulta una de las grandes novedades de la obra. La “primera transición democrática”, nombre con que los autores designan al espacio de tiempo estudiado, permanece en buena medida como un territorio inexplorado dentro del grueso de las investigaciones sobre el pasado reciente argentino, para las cuales Malvinas funcionó como punto de llegada del análisis histórico. Con miras a colmar de contenido ese espacio nebuloso de la historiografía local, *505 días* se focaliza en los acontecimientos de esa primera transición, prestando especial atención al comportamiento de los actores —civiles y militares, individuales e institucionales— de la escena política nacional durante aquellas jornadas de pugnas por el futuro institucional del país.

La obra está dividida en cuatro capítulos que, siguiendo un orden cronológico, avanzan sobre los diversos acontecimientos que tuvieron lugar durante el período analizado. El primero se detiene en el contexto previo a Malvinas, buceando en las raíces del consenso social en torno a la recuperación de las islas. El segundo se concentra en analizar el conflicto bélico y sus repercusiones en el territorio nacional, mientras que el tercer apartado aborda los efectos de la derrota en la legitimidad del régimen militar y en la articulación de una oposición democrática al mismo. Por último, el cuarto capítulo se focaliza en las vicisitudes de la campaña electoral para concluir en el triunfo final de Alfonsín.

II

505 días es una obra que aborda su objeto de estudio desde una perspectiva eminentemente política, constituyendo esta esfera y los grandes hombres que la animan el *locus* donde se despliega el grueso de la interpretación histórica de la transición. Con la guerra de Malvinas como telón de fondo, Álvarez y Suriano ofrecen un cuadro complejo de las vicisitudes que tuvieron lugar durante el período, fresco que incorpora los acuerdos y las tensiones surgidos entre —pero también al interior de— los representantes del gobierno *de facto* y los demás actores de la escena política nacional. En la misma medida que ilumina lo acaecido en los primeros planos de la dinámica histórica, esta perspectiva soslaya toda una serie de matices y complejidades que emergen al someter los acontecimientos a una mirada *desde abajo*.

Alrededor de la guerra de Malvinas —columna vertebral del relato—, los autores tejen su explicación del colapso dictatorial. El conflicto con Inglaterra, quizás el fracaso más estruendoso del gobierno militar, oficia así como el golpe de gracia para una legitimidad tambaleante al calor del desastre económico y de la presión local e internacional por las violaciones a los derechos humanos. En este sentido, la derrota inapelable ante las tropas inglesas provocó el estallido de tensiones preexistentes que con el correr de los meses se convirtieron en indignación generalizada, sentimiento que dio impulso definitivo al movimiento de oposición al régimen. Tan determinante es para los autores la proyección del fracaso de Malvinas en el escenario político local que no dudan en afirmar que “a ningún observador atento se le escapaba que el retorno de la democracia y la caída del régimen militar se habían producido en un contexto histórico particular, en el que *la principal causa de la retirada militar se debía a una guerra perdida*” (p. 292, el subrayado es mío).

La contratara de la exaltación de Malvinas es el empequeñecimiento de la influencia de otros factores que, desde un lugar menos estridente, también colaboraron en la erosión del régimen. Entre otros, quedan a la sombra del gran acontecimiento de la guerra organismos de derechos humanos locales e internacionales, sindicatos y partidos políticos. Si bien es cierto que los autores reconocen la existencia de un incipiente rechazo al gobierno *de facto* previo al conflicto con Inglaterra, subestiman su capacidad para articular una verdadera fuerza antidictatorial. En este sentido, afirman que “el verdadero cambio en el rumbo de la protesta y la oposición se produ-

jo después del desastre de Malvinas” (p. 293).

Tan sólo uno de los actores que integraba la escena política argentina de la época va a emerger luego de la guerra como protagonista del reclamo de democracia: los partidos políticos, encarnados en la Multipartidaria. Este colectivo político, integrado por las principales fuerzas del país, incluidos el radicalismo y el peronismo, será el que logre canalizar el rechazo generalizado hacia la dictadura, asumiendo la cabeza del movimiento antidictatorial. Expresión del consenso democrático alcanzado entre la mayoría de las fuerzas políticas nacionales, la Multipartidaria va a ser la principal fuente de presión sobre el gobierno militar para acelerar su retirada y la convocatoria inmediata a elecciones.

Si bien son visibilizados a partir del rol protagónico que se les asigna en el proceso de la transición democrática, vale aclarar que los partidos políticos no se conciben en *505 días* como actores capaces de motorizar ellos mismos la lucha contra el régimen. Al contrario, la imagen que se ofrece de la Multipartidaria a lo largo del camino hacia las elecciones de 1983 da cuenta de una actitud pasiva, y sus acciones contra la dictadura se justifican a partir del fracaso en Malvinas y de los demás desaciertos de los gobernantes de facto: así, los autores no dudan en afirmar que “la recuperación del Estado de Derecho se debía centralmente a los gruesos errores que habían cometido los militares en el poder” (p. 292), restando cualquier iniciativa propia a los miembros de la Multipartidaria. En este sentido, sostienen que “el proceso de pérdida de legitimidad y consenso de las Fuerzas Armadas ante la sociedad fue tan fuerte y acelerado que los partidos políticos *debieron modificar su postura y adecuarse a las nuevas circunstancias post Malvinas*” (p. 292, el subrayado es mío).

Políticos, sindicalistas, activistas por los derechos humanos, periodistas, artistas e, incluso, algún funcionario de la dictadura militar colaboran con su testimonio a lo largo de las páginas de *505 días*. La selección de los entrevistados se concentra, tal como lo señalan los propios autores, en “personalidades claves del período estudiado” (p. 9), es decir, individuos que desempeñaron papeles de primera línea en la política de los años de la transición. Se trata de actores con un rol y una visibilidad privilegiados dentro del período, cuyas perspectivas particulares resultan sumamente útiles para reconstruir las escenas más destacadas de la dinámica histórica de la época, pero que

con el resplandor de sus figuras oscurecen lo realizado por otros actores cuyas voces no llegan a amplificarse en los altoparlantes de la historia. Al avanzar en la crónica de los acontecimientos surgen, casi se imponen, preguntas análogas a las del obrero de Brecht: Lorenzo Miguel y Saúl Ubaldini reconstruyeron el movimiento sindical, pero ¿quiénes los ayudaron a hacerlo?; la Multipartidaria encabezó la resistencia a la dictadura, ¿acaso lo hizo sola? Si la restitución del accionar de los partidos políticos, caracterizados por una pasividad pasmosa, se realiza tan sólo a medias, los actores colectivos quedan directamente excluidos del relato, completamente invisibilizados.

III

Una dicotomía fundamental recorre el libro de principio a fin, cuyas raíces pueden rastrear-se en la apuesta que dio vida a *505 días*. El intento de transponer el formato audiovisual al escrito, o de “convertir una serie de televisión en un libro” (p. 10), supone “la confluencia de dos lenguajes diferentes y no siempre compatibles: el televisivo y el escrito” (p. 9). Esta delicada operación requiere, para su arribo a buen puerto, la toma de ciertos recaudos metodológicos que tienen que ver sobre todo con la adecuación del registro periodístico al historiográfico. Sin embargo, y a pesar de las precauciones esbozadas, será en este proceso de transposición donde surjan algunos inconvenientes. El resultado será la presencia de cierta ambigüedad de registro en la obra, expresada bajo la forma de una doble tensión: entre el formato televisivo y el escrito, por un lado, y entre las fórmulas periodísticas y las historiográficas, por el otro.

La estructura de los capítulos a un tiempo explicita y consolida ese desgarramiento al interior de *505 días*: cada apartado comienza con la descripción del proceso histórico a mano de los autores, mientras que el cierre se organiza en una sección aparte, denominada “Entrevistas”, destinada a congrega las voces de los protagonistas del período. Esta decisión en apariencia formal, tiene sin embargo inevitables consecuencias sobre el producto final: la relación entre el registro histórico y el testimonial raras veces trasciende la mera alternancia, manteniéndose la mayoría del tiempo aislados el uno del otro. De este modo, queda bloqueada la posibilidad de una fusión de ambos en una única —aunque no unívoca— narración sobre el pasado, polifónica en su integración de los múltiples registros. Al contrario, *505 días* asume por momentos la forma de un relato

sobre el pasado y, por otros, se reduce a una colección —casi un *collage*— de entrevistas a personalidades de la historia argentina reunidas según un criterio temático.

Esta ambigüedad que recorre la obra se reproduce también en el tratamiento dispensado a las fuentes. Junto a los testimonios de los protagonistas, el principal acervo documental del que se nutre *505 días* lo constituyen las publicaciones periódicas de circulación masiva, en especial los diarios *Clarín* y *La Nación*. Soporte principal de buena parte de las interpretaciones esbozadas, el recurso a la prensa gráfica se realiza sin embargo soslayando aspectos cruciales como su contexto de producción o su rol en tanto actores históricos *per se*. La omisión de variables como las mencionadas resta fortaleza a las conclusiones extraídas, quedando la prensa reducida al papel de cita de autoridad al servicio de las aseveraciones de los autores. Ciertamente, es válido, incluso plausible, pensar en un apoyo cuasi unánime a la gesta malvinense, pero ¿cómo sustentarlo en base a las informaciones extraídas en su mayoría de una prensa sometida a la más férrea censura, y en la cual difícilmente se dejaran oír las voces de disenso? De igual modo, quedan pocas dudas acerca de la actitud favorable de los periódicos en torno al conflicto, pero cuánta mayor complejidad cobraría esta afirmación si se explicitara su condición de actores históricos, inmersos en el contexto socio-político de la época y con intereses propios desplegados en el mismo.

Finalmente, la tensión de registros que preside la obra se traslada también al tono de la enunciación, y con él al lenguaje que le da forma, contrastantes con el de una narración netamente historiográfica. Las valoraciones personales y las sentencias morales respecto al comportamiento de los actores históricos emergen una y otra vez a lo largo del relato, que asume de este modo un cariz fuertemente axiológico: así se sostiene, por ejemplo, que la prensa y los medios de comunicación “no supieron estar *a la altura de las circunstancias*” (p. 84, el subrayado es mío), o que Montoneros, “una fuerza que había sido duramente diezmada (...) por la dictadura no sólo apoyaba la aventura militar sino que, *en un gesto patético*” ponía sus fuerzas al servicio de la misma (p. 90, el subrayado es mío). El recurso a expresiones que se justifican exclusivamente en la subjetividad de los autores refuerza este acento valorativo de *505 días*: se presume “lógico” que el clima favorable a la aventura militar de Malvinas se exacerbaba a causa del conflicto con Chile por el Canal de Beagle, pero esto se hace sin fundamentar la operación mental por la cual el sentimiento nacionalista que emergió durante el litigio con el país trasandino habría mutado en apoyo a la gesta

bélica en el archipiélago del Atlántico Sur. Por último, la tensión en el registro se evidencia en las sucesivas afirmaciones sobre la psicología de ciertos personajes históricos, las cuales resultan de difícil sustento en términos historiográficos en tanto dan cuenta de estados de ánimo, intenciones, actitudes o suposiciones de los actores sociales, individuales o colectivos. Esto se torna particularmente notorio en muchas de las referencias a los militares: Galtieri, por ejemplo, “sabía” que era imposible gobernar sin respaldos políticos (p. 31) y “seguramente (...) debía intuir” que sería muy complicado llevar adelante sus planes sin consenso social (p. 34).

IV

Entre la rendición de Malvinas y el triunfo de Alfonsín transcurrieron 505 días durante los cuales fue cobrando forma el escenario que habría de albergar el retorno de las instituciones democráticas. En el fragor de esas jornadas, civiles y militares se disputaron los términos y condiciones bajo los cuales el gobierno *de facto* entregaría el timón del Estado a las nuevas autoridades democráticas. Las tensiones entre los dos bloques, y también dentro de cada uno de ellos, fueron recurrentes durante esos días, alcanzando por momentos tintes dramáticos. Álvarez y Suriano se plantearon abordar este período complejo, poco explorado aún desde el campo de la historia reciente, proyecto que dio vida a *505 días*. En una apuesta ambiciosa y arriesgada en partes iguales, los autores se propusieron convertir lo que originalmente era un documental televisivo en un libro de historia, desafiando los desfasajes de registro y lenguaje que lleva aparejada una operación de ese estilo. El experimento, no exento de complicaciones, resulta sin embargo valorable: *505 días* constituye el primer paso para saldar una deuda pendiente de la historiografía sobre el pasado reciente argentino. Como todo comienzo, resulta en muchos aspectos perfectible. Será tarea de futuras investigaciones enriquecer las explicaciones sobre ese casi año y medio que los historiadores habían olvidado.